



CENTRO COMERCIAL LA PLAZA. VITORIA

Una nueva madrugada

CLARA MANZANO BEN

Era una fría madrugada de noviembre en Vitoria. El despertador empezó a sonar y Elisa lo apagó en sueños maldiciendo. Cada día se levantaba a las cinco y media, se daba una ducha templada para despejarse y se iba caminando al mercado La Plaza, donde trabajaba.

Esa mañana le costó despertarse más que nunca; se levantó, subió la persiana y vio los cristales mojados por la lluvia. Debía de haber estado lloviendo toda la noche, porque las calles estaban encharcadas y los paraguas cubrían a cada una de las pocas personas que a esas horas caminaban por ellas.

Elisa salió del baño envuelta en su albornoz blanco, con una toalla en el pelo y se dirigió a la cocina a servirse el café, que ya hervía en la cafetera. Tras beberlo rápidamente, se enfundó en unos raídos tejanos, un jersey grueso de angora, cogió su paraguas y su chubasquero negro y salió a la calle.

Hacía un mes que había cumplido 29 años, tenía el pelo y la tez morenos y unos grandes y penetrantes ojos negros que le daban un aspecto un tanto exótico.

Mientras caminaba con paso ligero chapoteando entre los charcos pensaba que, a fin de cuentas, ahora su vida, aunque no idílica, era perfecta para ella: una vida en la que ella y nadie más que ella gobernaba. Hacía unos años no había sido así y cuando pensaba en todas aquellas horribles vivencias, aún sentía la rabia y la amargura que le quedó cuando todo terminó.

Elisa se casó joven, a los 22 años, con Juan, un apuesto camarero del que se enamoró ciegamente. Doña María, una ancianita encantadora que la había visto crecer, le advirtió que ese chico no la haría feliz, pero no consiguió disuadirla; era demasiado joven e ingenua o, por lo menos, eso pensaba ella ahora, viéndolo todo desde la distancia.



quesos contiguo a la frutería que regentaba Elisa y desde que ella comenzó a trabajar allí, no había dejado de intentar que saliese con él.

Por fin había llegado y aún ni había amanecido. Allí estaba su mercado; el mercado que le había permitido tomar las riendas de su vida y alejarse de aquel hombre con el que se casó por algún motivo que ahora no conseguía recordar.

Era un edificio ubicado en el centro de Vitoria, en la plaza de Santa Bárbara, entre la calle Postas y la calle Jesús Guride, con una arquitectura muy singular, realizado en hormigón visto y que en un tiempo estuvo considerado como uno de los mejores mercados de Europa.

Elisa atravesó la puerta, bajó las escaleras y se apresuró por los pasillos hasta llegar a su pequeño puesto de frutas. Estaba situado en la planta -1, entre la tienda de quesos en la que trabajaba Mario y otra frutería que regentaba doña Paca, que ya había llegado esta mañana.

Doña Paca era una mujer de mediana edad, de grueso pelo rubio recogido en un moño, de baja estatura y bastante entrada en kilos. Era una persona llana, con unos sonrosados y regordetes mofletes que le daban un aspecto juvenil y jovial.

–Buenos días, doña Paca.

–Buenos días, Elisa, ¿probaste a hacer la receta de marmitako que te di?

–Sí –contestó ella–, la hice el sábado, vinieron doña María y su hija Teresa a comer y la verdad es que, aunque seguí paso a paso sus indicaciones, el resultado no fue como el suyo, pero bueno, todo será cogerle el punto...

–Claro que sí; a mí al principio tampoco me salía como ahora. Además, yo también le hice a mi Lucas la tarta de queso que tú haces y tampoco el resultado fue perfecto.

–Bueno, doña Paca, voy a abrir y a colocar el género, que voy un poco justa de tiempo.

Así lo hizo. Abrió la cancela y se dispuso a colocar cuidadosamente las frutas procurando que cada uno de los precios fuese visible. Cuando estaba terminando, alzó la vista y vio a su primera cliente de la mañana.

–¡Qué mala pata! –pensó Elisa– no empezaba demasiado bien el día.

Se trataba de doña Luisa, una señora adinerada de mediana edad que vivía en el barrio y que siempre tenía algún pero que ponerle a sus productos.

–Buenos días, ¿puedes ponerme un kilo de plátanos? –dijo doña Luisa–. ¿Estarán duritos?, porque por fuera parecen demasiado maduros.

–Sí, señora, están duros –contestó Elisa, haciendo un verdadero esfuerzo por no ponerse grosera–. ¿Quiere algo más?

–Pues sí –contestó ella–, me vas a poner también un kilo de esas manzanas porque, aunque no parece que estén demasiado bien, tengo que hacer un pastel para mis invitados de esta noche.

Elisa se apresuró a servirselas deseando que no quisiese nada más y se fuese por donde había venido. Y así fue. Doña Luisa cargó sus bolsas, dio media vuelta y se fue sin despedirse ni dar las gracias.

Con la segunda cliente de la mañana tuvo más suerte. Era doña María que, desde que Elisa comenzó a trabajar allí, siempre le compraba las frutas y verduras y compartía con ella un rato de conversación.

Siguió caminando por las calles adoquinadas inmersa en sus pensamientos cuando oyó:

–¿Quién se ha muerto en el cielo que los ángeles van de luto?

Giró la cabeza, reconociendo la voz al instante.

–No cambiarás nunca Mario, realmente, eres un pesado...

Pero mientras le contestaba, no pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

–Si en el fondo te gustan mis piropos, princesa; lo que no entiendo es por qué no quieres aceptar de una vez que soy el hombre de tu vida...

Esa última frase no le hizo ninguna gracia, le miró con cara desafiante y siguió caminando sin responder.

Mario era un chico de estatura media, de pelo castaño y unos brillantes ojos color miel que le conferían un aspecto dulce, pero a la vez algo pícaro. Trabajaba en un puesto de

–Buenos días, doña María, ¿cómo se encuentra esta mañana? –le preguntó dulcemente.

–Bueno, hija, los años no pasan en balde y esta mañana, con la humedad, el reuma me está dando la lata, pero realmente no me puedo quejar porque mi hija Teresa me acaba de dar una gran noticia: voy a ser abuela de nuevo.

–¡Qué maravilla doña Teresa!, ¡cuánto me alegro por usted! –contestó Elisa.

–Bueno –dijo doña María con una sonrisa picarona que hizo que se marcaran aún más las múltiples arrugas que cubrían su rostro–, ¿y tú cuándo piensas aceptar las invitaciones de aquel chaval tan majete de la tienda de quesos, casarte y darme otro nieto?

Si hubiese sido otra persona la que le hubiera hecho esa pregunta, Elisa habría contestado bruscamente, pero aquella viejecita inspiraba en Elisa tanta ternura que podía decirle cualquier cosa sin incomodarla.

–Doña María, ya sabe usted que no quiero a ese chico en mi vida, ni a ningún otro...; ya estuve casada una vez y no resultó; no necesito a nadie para ser feliz.

–Pero... –rechistó doña María que, al ver la cara de desaprobación de Elisa, desistió–. Está bien, de todos modos esta vieja está aquí para cualquier cosa que necesites; ya sabes que para mí eres como una hija.

Siguieron charlando animadamente un rato sobre infinidad de cosas mientras Elisa le iba sirviendo todo lo que le iba pidiendo: dos kilos de naranjas, dos puerros, una bolsa de patatas y unas cuantas zanahorias ...

Cuando llegó el siguiente cliente, se despidieron y quedaron en comer con Teresa el sábado para celebrar su embarazo.

El mercado había comenzado a llenarse de gente que charlaba animadamente mientras esperaban que les llegase su turno. A Elisa le encantaba observar a las personas e imaginar cómo serían sus vidas: aquella señora mayor ha sido una gran artista; se quedó viuda y ahora vive tranquilamente en su casa con la única compañía de su perro que la acompaña a todas partes... La mente de Elisa maquinaba sin parar en cuanto tenía unos minutos de respiro entre cliente y cliente.

Tras el incidente inicial con la aparición de doña Luisa y la visita de doña María, el resto de la mañana transcurrió normalmente y, cuando llegó la hora del almuerzo, Elisa pensó incluso que había sido una gran mañana; la caja había sido bastante aceptable y habían ido a comprar casi todas sus clientas habituales, tan cordiales y charlatanas como siempre.

Cuando estaba cerrando el puesto para ir a comer, oyó la voz de Mario que desde su puesto le decía:

–¿Puedo invitarte a comer, preciosa?

Cada mediodía le hacía la misma pregunta y, aunque la respuesta de Elisa siempre había sido negativa, él no se daba por vencido y seguía proponiéndoselo cada día.

–No, gracias Mario. No te cansas nunca, ¿eh? –le dijo con cara de resignación.

–Y nunca lo haré preciosa, sé que yo te gusto, aunque tú no quieras admitirlo –contestó elevando la voz para que ella, que ya caminaba hacia la calle, le oyese.

Había parado de llover y entre las nubes asomaban tímidamente algunos rayos de sol. Elisa cruzó la plaza de Santa Bárbara, una plaza grande con espacios ajardinados y una escultura de Josetxu Aguirre llamada “Brisas del mar”, y entró en el bar-restaurante donde cada día comía de menú. Se sentó en su mesa favorita, la más esquinada, en la cual podía tener un poco de intimidad mientras comía. Hoy el menú estaba compuesto de espárragos de Navarra con mayonesa, merluza a la vasca y, de postre, como siempre, Elisa tomaría un café.

Cuando ya estaba terminando la merluza, vio a Mario entrando por la puerta y se apresuró a acabar para evitar tener que invitarle a sentarse. Sin embargo, él no se percató de su presencia en aquel rincón; se dirigió al lado opuesto del local y se sentó con Joaquín, un carnicero del mercado con el que tenía una buena amistad. De todos modos, Elisa, hizo una seña al camarero pidiéndole la cuenta y, mientras esperaba, sin querer, oyó la conversación que mantenían:





–No entiendo a esta chica, hay días que me parece ver en sus ojos que le intereso; en cambio, en otras ocasiones se muestra muy brusca conmigo, incluso grosera... Es ya demasiado el tiempo que llevo intentando que salga conmigo y ella permanece inflexible; empiezo a pensar que nunca sucederá... Realmente me gusta, me gusta mucho, pero no logro entender qué le sucede... –comentaba Mario.

Elisa no quiso seguir escuchando. Pagó apresuradamente la cuenta y salió del restaurante sin haberse tomado el café del menú.

A esas horas el mercado estaba mucho más tranquilo y anduvo paseando entre los pasillos inmersa en sus pensamientos. Cuando estaba llegando a su puesto, levantó la vista y allí estaba, de pie, con la misma expresión en la mirada que tanto le había horrorizado recordar en ese tiempo. Elisa se quedó inmóvil, paralizada por el miedo; hubiese querido echar a correr, pero no conseguía levantar un pie del suelo. Juan empezó a caminar lentamente hacia ella, mirándola fijamente. Mientras se acercaba, en la mente de Elisa se

agolpaban todos esos monstruosos recuerdos que había intentado, y parcialmente conseguido, olvidar. Cuando llegó a su altura, ella seguía inmóvil, sin poder articular palabra y con los ojos llenos de lágrimas que empezaron a caer sin remedio en cuanto él empezó a hablar.

–Hola, Elisa, ¿creías que te ibas a escapar y a permanecer oculta de mí siempre? Creí haberte dejado claro que nunca te iba a dejar marchar, que te encontraría te escondieses donde te escondieses... Te quiero demasiado.

Elisa, entre lágrimas y tartamudeando, respondió:

–Tú no sabes lo que es amar, Juan y, y, y... nunca lo sabrás. Destrozaste mi vida y no permitiré que vuelvas a hacerlo; prefiero estar muerta antes que volver a tu lado.

En ese momento, Elisa notó una mano sobre su hombro, se giró y vio a Mario a su lado mirándola con cara de asombro.

–¿Estás bien, Elisa? –le preguntó.

Hubiese querido decirle que la sacase de allí, que llamase a la policía, que la ayudase..., pero Juan era demasiado peligroso y sintió miedo de involucrarle en aquel asunto.

–Sí, estoy bien Mario, no te preocupes –dijo con la voz entrecortada–, luego nos vemos.

–Está bien, hasta luego. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme –contestó, mientras caminaba hacia su puesto.

Elisa giró la cabeza y le vio de nuevo con esa horrible expresión en su cara, pero esta vez mirando a Mario. Se quedó fría. La sola idea de que pudiese hacerle daño le provocó una angustia incluso superior a la que sentía por sí misma.

–Déjale en paz, Juan, él no tiene nada que ver en esto; sólo es el chico que trabaja en el puesto de al lado de mi frutería.

De repente, la agarró como si estuviera fuera de sí y la arrastró a las escaleras, amenazándola con un cuchillo.

–No se te ocurra hacer ninguna tontería; tú te vienes conmigo ahora mismo; no pienso aceptar un no por respuesta, sabes que soy capaz de matarte con tal de que no vuelvas a abandonarme.

–Estás loco –le contestó ella sin parar de llorar–; márame ya y acaba con todo el sufrimiento que me has hecho sentir desde que entraste en mi vida.

Era extraño pero, por primera vez desde hacía mucho tiempo, no sentía miedo, ni angustia, tan sólo una inexplicable calma pensando que realmente, de un modo u otro, todo aquello iba a terminar. En ese momento, Elisa notó una fuerte presión en su vientre, notó cómo las piernas le flaqueaban y, en un instante, sus ojos se nublaron y se desvaneció.

–Elisa, Elisa... mírame, abre los ojos –oía una voz familiar, cálida, a lo lejos, pero no podía ver nada.

Elisa abrió los ojos, veía todo borroso, miraba las paredes de aquella habitación y no conseguía recordar qué había ocurrido. Giró la cabeza y le vio, mirándola con la cara desencajada y aquellos ojos color miel enrojecidos.

–Mario, ¿qué ha pasado?, ¿dónde estoy? –le preguntó.



–No hables, pequeña, estás en el hospital y estás bien, eso es todo lo que necesitas saber. Ya te contaré todo cuando te hayas recuperado –le dijo dulcemente–. Ahora duerme tranquila, que yo estaré aquí cuando despiertes.

Elisa cerró los ojos y durmió plácidamente, descansando como hacía tiempo que no lo hacía.

Tras su desvanecimiento a causa de la herida que le produjo Juan, éste fue detenido cuando intentaba huir. Mario, cuando se acercó a ella a preguntarle si estaba bien, se percató de que algo le sucedía y, sin dudarle, llamó a la policía. Después de eso, la acompañó en la ambulancia en la que la trasladaron al hospital y había permanecido al borde de su cama cada día y cada noche de las que había estado ingresada, cuidándola y mimándola de una forma casi excesiva.

Una nueva madrugada fría Elisa se levantó; se dio su ducha templada para despejarse, subió la persiana y vio los cristales mojados por la lluvia.

–Otra noche lloviendo –pensó.

Salió del baño envuelta en su albornoz blanco, con su toalla en el pelo y se dirigió a la cocina, como cada mañana, a servirse el café. Cogió la taza, se sentó al lado de la ventana mirando hacia la calle y comenzó a pensar en todo lo que Mario le había contado en el hospital el día anterior, justo antes de que le dieran el alta.

–Realmente –pensó–, he tenido suerte; podría haber muerto y sin embargo aquí estoy, en mi casa, una mañana más, dispuesta a ir a mi trabajo, pero esta vez sin ningún miedo ni recelo.

Elisa acabó su café, se vistió y salió a la calle, ansiosa por llegar al mercado, en el que era su primer día de trabajo después de salir del hospital.

Paseó por las calles lentamente dejando que la lluvia cayese sobre ella; se sentía tan feliz que tenía ganas de gritar. Mientras caminaba, pensaba en Mario, aquel chico de dulces ojos color miel que había permanecido a su lado pese a sus continuas negativas, su indiferencia, sus malas contestaciones, pese a todo y que, al final, había conseguido hacerse un hueco, por derecho, en su vida..

Iba inmersa en sus pensamientos cuando oyó una voz familiar que le decía:

–Pero muchacha, estás calada; anda, ponte debajo del paraguas que te vas a resfriar.

–Buenos días, doña Paca –contestó ella–, ¿no es hoy un día maravilloso?

–Cariño, supongo que para ti sí. Ya me enteré de todo lo que ocurrió. Cuando te vi allí tendida con aquella herida tan fea, creí que te habíamos perdido, así que sí, ciertamente, hoy es un día maravilloso. ¿Cómo te sientes?, ¿estás ya completamente recuperada?

–Completamente doña Paca, del cuerpo y, lo que es más importante, de la mente...

–Me alegro Elisa, realmente te mereces ser feliz –contestó doña Paca, mirándola con cierto instinto maternal.

Ya habían llegado al mercado; doña Paca se paró a hablar con don Julián, un jubilado que cada mañana a primera



hora se acercaba a comprar y se entretenía paseando entre los pasillos y charlando con cada persona que se encontraba a su paso.

Elisa continuó sola. Comenzó a caminar lentamente, recorriendo con su mirada cada comercio de la primera planta del mercado: Charcutería Carlota, Carnicería Montero, Pollería Montse, Jamones y Embutidos Alber y un sinfín más de comercios en los que nunca se había fijado. Cuando había recorrido la primera planta, bajó por las escaleras mecánicas a la planta -1, en la que estaba su frutería y también la recorrió puesto a puesto: Quesos Mari, Frutas Muñoz, Pescados Luis Alonso... hasta que, por fin, llegó al suyo.

Como hacía cada mañana, abrió la cancela y comenzó a colocar las frutas, esmerándose más que nunca en que el resultado fuese vistoso y atractivo para los clientes. Cuando estaba acabando, alzó la vista y le vio; le pareció que esta mañana estaba más guapo que nunca y que sus bonitos ojos tenían un brillo especial mientras se acercaba

lentamente hacia ella con una rosa en las manos.

–Buenos días, princesa, ¿qué tal sienta estar de vuelta en el trabajo? –le preguntó.

–Sinceramente, maravillosamente bien; creí que iba a enloquecer, tumbada todo el día en aquella cama del hospital.

–Me alegro, preciosa. Esto estaba muy vacío sin ti, ¿crees que podría invitarte a comer hoy? –preguntó, mirándola con ojos suplicantes.

Ella le miró fijamente a los ojos y, sonriendo, respondió pícaramente:

–Tal vez...

CLARA MANZANO BEN
MÉDICA

CENTRO COMERCIAL LA PLAZA. VITORIA



El mercado denominado actualmente Centro Comercial La Plaza está ubicado en la plaza de Santa Bárbara, prácticamente en el centro de Vitoria, al lado de El Corte Inglés, cuyo parking tiene comunicación directa con el mercado.

El antiguo edificio de La Plaza se construyó a finales del siglo XIX en lo que hoy en día es la Plaza de los Fueros, a escasos 300 metros del emplazamiento actual.

El actual mercado se inauguró en 1975 y el arquitecto fue Esteve Jacotot. En 1997 se privatizó, asumiendo su gestión los propios comerciantes y pasando a llamarse Centro Comercial La Plaza.

El mercado cuenta con 5.000 metros cuadrados divididos en varias plantas, además de aparcamiento privado.

La oferta comercial incluye 110 puestos, de los que actualmente están abiertos más de 50, entre los que se incluyen 14 carnicerías, 8 pescaderías, 5 fruterías, 3

charcuterías, 3 pollerías y algunas tiendas de especialidades. Cuenta, además, con una oficina de Caja Vital Kutxa, peluquería, salón de juegos-cafetería, área de entretenimiento infantil y área de descanso.

Este mercado será próximamente remodelado, en base a un proyecto muy vanguardista realizado por la Empresa Nacional MERCASA.